mos de las que hallaron allí los españoles y existen aun en el dia, que son tres en la California cristiana, á saber: los *pericúes*, los *guaicuras* y los *cochimíes*. Los pericúes ocupan la parte austral de la península desde el cabo de San Lúcas hasta los 24.° y las islas adyacentes de Cerralvo, el Espíritu Santo y San José; los guaicuras se establecieron entre el paralelo de 23° 30' y el de 26°, y los cochimíes tomaron la parte setentrional desde los 25° hasta los 33, y algunas islas del mar Pacífico. Cada una de estas tres naciones tenia su lengua propia. A los 33° comienza otra nacion que habla distinta lengua, y hay otras en las márgenes del rio Colorado; pero como son poco conocidas y ajenas de nuestro propósito, nada diremos acerca de ellas.

La lengua pericú ya no existe, y los pocos individuos que han quedado de aquella desgraciada nacion hablan hoy la española. La guaicura tenia tantos dialectos diversos cuantas eran las ramas de la nacion que la hablaba, á saber: guaicuras propiamente dichos, aripas, uchitas, coras é indios de Conchó, llamados después lauretanos por el pueblo de Loreto que se fundó cerca de ellos. La rama de los uchitas y la de los coras se extinguieron; los lauretanos abandonaron su lengua por la española, y los otros restos de aquella nacion conservan la que hablaban antiguamente. Aunque muchísimos de los cochimíes han aprendido el español, se conserva tambien su lengua en cuatro dialectos tan diversos entre sí que al poco versado en ella pueden parecerle lenguas distintas.

La lengua cochimí, que es la mas extendida, es muy difícil, está llena de aspiraciones y tiene algunos modos de pronunciar que no pueden explicarse. No tiene mas nombres numerales que los siguientes: *tepeeg*, uno, *goguó*, dos, *combió*, tres, y *magacubuguá*, cuatro. Para decir cinco se explican los cochimíes así: *Nagannú tejueg ignimel*, esto es, una mano entera. De este número en adelante los mas incultos se confunden y no saben decir mas que: muchos y muchísimos; pero los que tienen algun ingenio siguen la numeracion diciendo: una mano y uno, una mano y dos, etc. Para expresar diez, dicen: *Nagannú ignimbal demuejueg*, esto es, todas las manos: para quince dicen las manos y un pié, y para veinte las manos y los piés, cuyo número es el término de la aritmética cochimí. Los que han aprendido el español saben nuestro modo de contar.

Al dia le dan, á ejemplo de otras naciones, el mismo nombre que al sol, *ibó;* al año le llamen *mejibó*, cuyo nombre significa principalmente la estacion mas alegre y abundante. No dividen el año en meses, sino en seis estaciones: la primera, que es la llamada *mejibó* y la mas alegre porque en ella se coge la cosecha de pitahayas, comprende parte de junio, todo julio y parte de agosto; la segunda, que tambien les es tan grata como la primera por la cosecha de pitahayas agridulces, tunas y otras frutas y semillas que aprecian, se llama *amadá-appí*, y comenzando en agosto, abraza todo setiembre y parte de octubre, en cuyo tiempo reverdecen las plantas con las lluvias que entonces caen, aunque escasas; la tercera tiene el nombre de *amadá-appigalá*, y comprende parte de octubre, todo noviembre y parte de diciembre, tiempo en que la yerba nacida en la estacion anterior empieza á amarillear y secarse; la cuarta, nombrada *majibél*, es la mas fria, y comprende parte de diciembre, todo enero y parte de febrero; la quinta, que se llama *majiben*, comienza en febrero y abraza todo marzo y parte de abril; finalmente, la sexta incluye parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama *majiiben-maaji*, esto es, la estacion mala, porque para ellos es lo que para otros pueblos el invierno, pues siendo allí entonces mas escasos que nunca los víveres, no tiene aquella pobre gente mas alimento que el *mezcal* y las semillas tostadas recogidas en las otras estaciones; y así la siguiente les es tanto mas grata cuanto mayor es en esta su miseria.

§ XVIII.

ORÍGEN Y CARÁCTER DE LOS CALIFORNIOS.

Acerca del orígen de estos pueblos incultos nada podemos nosotros decir; ni ellos mismos, preguntados por los misioneros, sabian decir otra cosa sino que sus antepasados habian venido de las regiones setentrionales. Esto mismo aseguraban de su orígen los mejicanos y todas las naciones que poblaron el vasto país de Anáhuac; bien que en cuanto á los californios debe creerse aunque no lo dijeran, porque aquella península, rodeada del mar por todas partes, no se comunica con el continente sino por el Norte. Preguntándoseles la ocasion de esta venida, contestaban que habia sido una guerra excitada entre sus antepasados y otro pueblo del Setentrion, en la cual, quedando aquellos vencidos, huyeron hácia el Mediodía y se refugiaron en los montes de la península. Así manifestaban sinceramente su tradicion, sin avergonzarse de confesarse descendientes de aquellos fugitivos. No nos faltan en el antiguo continente, dice un sabio autor, ejemplos de semejante ingenuidad, pues los cartagineses y los romanos, pueblos tan famosos en la antigüedad, se gloriaban de tener su orígen, aquellos de los tirios fugitivos y estos de los troyanos vencidos.

Los californios son sanos, robustos y de buena estatura. Las enfermedades que suelen padecer no provienen de su mala complexion, sino que las contraen ó por contagio, como las viruelas, ó por lo mal sano de los alimentos que usan de ordinario, como ciertas llagas y tumores. El gálico, que se creia enfermedad endémica de la América, no ha sido visto hasta ahora en la California porque ningun extranjero le ha llevado.

En el rostro, cabello, barba y color son semejantes á los pueblos de Méjico. Tienen como ellos el cabello grueso, lacio y negro, la barba escasa, y ningun vello en los brazos, muslos y piernas; la frente estrecha, la nariz un poco gruesa, los dientes blancos, iguales y fuertes; la boca, ojos y orejas regulares, exceptuando á los que se educan en el gentilismo, que desfiguran sus narices y orejas con pendientes que en ellas se ponen por adorno. El color de los que habitan en los lugares mediterráneos es castaño claro; pero los que viven continuamente en los litorales le tienen mas oscuro. Entre ellos son tan raros los deformes como entre los mejicanos. En cuanto á la alma no son distintos de los restantes hijos de Adan. Los que se han criado en las selvas tienen aquellos vicios é imperfecciones que en todos los países son consiguientes á la vida salvaje; son rudos, muy limitados en sus conocimientos por falta de ideas, perezosos por falta de estímulo, inconstantes, precipitados en sus resoluciones y muy inclinados á los juegos y diversiones pueriles por falta de freno; pero por otra parte carecen de ciertos vicios muy comunes entre otros bárbaros y aun en algunos pueblos cultos. La embriaguez, vicio dominante de los americanos, no está en uso entre los californios. No se hurtan unos á otros aquello poco que poseen; no riñen ni tienen contiendas entre sí los parientes, ni los que son de una misma tribu; todo su odio y furor es contra las otras naciones ó tribus con quienes tienen enemistad. Finalmente, no son obstinados y tercos, sino dóciles y fáciles de ser conducidos á lo que se quiere.

De su sencillez pueril tenemos varios ejemplos curiosos. Habiendo hallado algunos indios entre la arena de la playa del mar Pacífico unas tinajas grandes de barro dejadas allí sin duda por los marineros de algun navío de las islas Filipinas, se admiraron, como que jamás habian visto vasijas semejantes, las llevaron á una cueva poco distante de su habitacion ordinaria, y las colocaron allí con las bocas vueltas hácia la entrada á fin de que todos las observasen bien. Después concurrian con frecuencia á verlas, sin dejar de admirar aquellas grandes bocas siempre abiertas, y en sus bailes, en donde imitan los movimientos y voces de los animales, remedaban con sus bocas las de las tinajas. Entre tanto les sobrevino una enfermedad, y no sabiendo qué hacer para librarse de ella, se reunieron en consejo, en el cual, después de una larga deliberacion, el mas autorizado de todos dijo que aquellas tinajas habian sin duda trasmitido la epidemia por sus bocas y que el remedio seria tapárselas bien. Parecióles bueno á todos este dictámen; mas como para ponerle en práctica era necesario acercarse á las tinajas y se creia que esto no podia hacerse sin peligro de muerte, se determinó que algunos jóvenes robustos se acercasen á ellas de espaldas y con manojos de yerbas tapasen aquellas bocas fatales, como efectivamente se hizo. Poco después que los jesuítas empezaron á plantar sus misiones en la California envió un misionero á otro por medio de un indio néofito dos tortas de pan (regalo entonces muy apreciado por la escasez del trigo) con una carta, en que le hablaba de esta remesa. El néofito probó el pan en el camino, y habiéndole gustado le comió todo. Llegado á presencia del misionero á quien era enviado, le entregó la carta, y habiéndosele reclamado el pan, negó haberle recibido, y como no pudiese adivinar quién habia dicho aquello al misionero, se le advirtió que la carta era la que se lo decia, sin embargo de lo cual insistió en su negativa y fué despedido. A poco tiempo volvió á ser enviado al mismo misionero con otro regalo, acompañado tambien de una carta y en el camino cayó en la misma tentacion. Mas como la primera vez habia sido descubierto por la carta, para evitar que esta le viese la metió debajo de una piedra mientras devoraba lo que traia. Habiendo entregado al misionero la carta y siendo con ella convencido nuevamente del hurto, respondió con esta extraña simplicidad: Yo os confieso, padre, que la primera carta os dijo la verdad porque realmente me vió comer el pan; pero esta otra es una embustera en afirmar lo que ciertamente no ha visto.

§ XIX.

ARTES, COMIDAS Y BEBIDAS.

Los californios eran del todo bárbaros y salvajes y no tenian conocimiento de la arquitectura, de la agricultura ni de otras muchas artes útiles á la vida humana. En toda aquella península no se halló una casa ni vestigio de ella, ni tampoco una cabaña, una vasija de barro[1], un instrumento de metal ó un lienzo cualquiera. Sus habitantes se sustentaban con aquellas frutas que se producen espontáneamente ó con los animales que cazaban y pescaban, sin tomarse el trabajo de cultivar la tierra, de sembrar ó de criar animales.

Comian, y aun comen al presente á causa de su miseria, muchas cosas que para nosotros no son comestibles, como raíces y frutas muy amargas ó insípidas, gusanos, arañas, langostas, lagartijas, culebras, gatos y leones y hasta pieles secas. Un perro es para ellos tan apreciable como para nosotros un cabrito. Pero jamás los obligó su hambre á alimentarse de carne humana, y aun se abstuvieron siempre de comer tejon porque les parecia semejante al hombre.

En sus comidas hacen cosas verdaderamente

1 El padre Consag, en el viaje que hizo en 1746 para reconocer toda la costa oriental de la península, halló algunas vasijas de tierra entre algunos gentiles que habitaban en la costa hácia los 31°. Este hecho es una excepcion de lo que hemos dicho arriba; pero sospecho que aquellos gentiles hubieron las tales vasijas de otro pueblo mas setentrional ó de algunos pescadores de perlas.

extrañas. En el tiempo de la cosecha de las pitahayas comen hasta hartarse; mas para volver á usar de ellas después de haberlas comido y digerido, no desechan sus deposiciones, sino que de aquello que antes fué pitahaya separan con indecible paciencia los pequeñísimos granos de la fruta que quedan sin digerirse, los tuestan, los muelen y reducidos á harina los conservan para comerlos después en el invierno. Algunos españoles dan á esta operacion el nombre burlesco de segunda cosecha de pitahayas.

Los bárbaros que habitan en la parte setentrional de la península, han hallado el secreto, ignorado del comun de los mortales, de comer y volver á comer repetidas veces un mismo manjar. Ligan bien con una cuerda un bocado de carne seca y endurecida al sol, y después de haberle mascado un poco le tragan, dejando la cuerda pendiente de la boca: pasados dos ó tres minutos le vuelven á sacar por medio de la cuerda para mascarle de nuevo, y repiten esta operacion tantas veces cuantas son necesarias para consumir aquel bocado ó ablandarle de modo que no pueda ya estar atado. Al extraerle del esófago hacen tal ruido, que á quien nunca les ha oido le parece que van á ahogarse.

Cuando comen de esta manera muchos individuos juntos, lo practican con mayor aparato. Se sientan en el suelo formando un círculo de ocho ó diez personas, toma una de ellas el bocado y le traga, y sacándole fuera después, se le da á otra, y esta á otra; prosiguiendo así por todo el círculo con mucho placer, hasta que el bocado queda consumido. Los españoles que han observado esto se han admirado, y efectivamente, no seria creible si no estuviese atestiguado unánimemente por todos los que han estado en aquel país. Algunos jesuítas que no querian creerlo á pesar de tantas personas graves y sinceras que lo afirmaban, habiendo ido después á la California, lo vieron con sus propios ojos. De entre aquellos indios que han abrazado el cristianismo se ha ido desterrando este modo de comer tan asqueroso y peligroso, en fuerza de las continuas reprensiones de los misioneros.

En sus comidas no usan de ningun condimento. Comen la carne fresca y casi cruda, ó secada en el sol, ó medio asada, ó mas bien quemada: los insectos y las semillas los comen regularmense tostados y molidos, y en cuanto á bebidas no usan mas que de la agua natural.

§ XX.

HABITACIONES, VESTIDOS, ADORNOS Y MENAJE.

Cada tribu, compuesta de varias familias consanguíneas, habita de ordinario junto á alguna fuente, pero sin mas techo que el cielo ni mas cama que el suelo desnudo. Cuando calienta mucho el sol se guarecen debajo de los árboles, y en las noches frias se retiran á las cuevas de los montes. Algunos para dormir fabrican emparrados en forma de cabañas, y otros hacen hoyos ó sepulturas de unos dos piés de profundidad; pero las habitacioncillas mas comunes son ciertos cercados circulares de piedra suelta con cinco piés de diámetro y menos de dos de altura. Dentro de cada una de ellas duerme á cielo descubierto una familia, y están tan acostumbrados á ello, que á los misioneros les ha costado mucho trabajo hacerlos dormir en las casitas ó cabañas fabricadas con este fin, pues padecen ansias al querer dormir debajo de techo, y les parece que se han de sofocar; pero después se acostumbran y lo hacen de buena gana. En sus habitaciones están siempre junto al fuego, menos en el grande calor del estío, y cada vez que despiertan tienen cuidado de atizarle.

Sus vestidos corresponden á sus habitaciones. El de los hombres no es mas que su propia piel, y lejos de avergonzarse de su desnudez, se admiraban de que les fuese vituperada por los españoles, en cuyo punto no puede ponderarse cuánto tuvieron que sufrir los misioneros. Los primeros californios que por ellos fueron vestidos, parecieron tan ridículos á sus paisanos y fueron tan burlados, que se vieron precisados á dejar sus vestidos. Un misionero vistió dos muchachos domésticos suyos, cortando y cosiendo él mismo los vestidos; mas luego que se presentaron con ellos fueron tratados con tanta burla y excitaron tanto la risa de los otros, que no pudiendo sufrir y no queriendo por otra parte disgustar á su bienhechor, andaban de dia desnudos por los bosques en compañía de sus parientes, y á la noche se presentaban vestidos al misionero. Mas con la frecuencia de sus exhortaciones, con sus beneficios y con no pocos gastos, consiguieron por fin los misioneros cubrir la indecente desnudez de todos sus neófitos.

Las mujeres de la California se portan en este punto de muy distinto modo que los hombres, pues en toda la península se ha visto una que dejase de cubrir su honestidad de algun modo. Las mas bien cubiertas de todas son las pericúes, las cuales llevan dos diferentes géneros de vestido. El primero es un capotillo que les cubre desde los hombros hasta la cintura, y el otro una especie de enaguas compuestas de dos piezas cuadradas, de las cuales una se extiende desde la cintura hasta media pierna, y cubre la parte posterior, y la otra la anterior, extendiéndose desde la cintura hasta las rodillas. Estos vestidos no son de lienzo, sino compuestos de cuerdecillas sueltas y pendientes en gran número, parte de un cordon que se atan al cuello, y parte de otros dos atados en la cintura. Sacan estas cuerdecillas machacando, como se hace con los cáñamos del cáñamo, las hojas de cierta palma que se cria en aquellos países, las cuales dan un hilo mas blanco que el del cáñamo.

Las guaicuras no usan capotillo; todo su vestido consiste en unas enaguas que se extienden desde la cintura hasta las rodillas ó poco mas abajo, y que por la parte de atrás se componen de cuerdecillas semejantes á las de las pericúes, y por delante de muchas hileras de nudos de carrizos delgados que agujeran con este fin. Acaso usan de los nudos y no de los mismos carrizos, porque aquellos son mas difíciles de romperse. Las cochimíes, que habitan entre los 26° y los 30, tienen el mismo delantal de nudos de cañavera que las guaicuras, y se cubren la parte posterior con una piel de ciervo ó de cualquier otro animal. Las que viven desde los 30° hácia el N., llevan además un capotillo de pieles de nutria, de liebre, de conejo ó de otro animal. Todas aquellas mujeres tenian tanto cuidado de su honestidad y de la de sus hijas, que luego que una de estas nacia la cubrian con aquellas enagüillas, que preparaban desde el tiempo de su preñez, y se escandalizaban mucho cuando veian omitida esta diligencia en las hijas de los soldados españoles.

Cuando los californios no viajan andan absolutamente descalzos; pero para caminar usan el mismo calzado que los indios de Méjico y de otros países de América, el cual consiste en unas suelas de cuero ligadas con correas de modo que solo queda cubierta la planta del pié. Antes hacian estas suelas de cuero de ciervo, mas ahora las hacen ordinariamente del de buey, por ser mas fuerte y mas grueso.

Aunque todos los hombres eran en la California uniformes en su desnudez, se distinguian los de cada nacion en sus diversos adornos. Los pericúes usaban el cabello largo, adornado con perlas y entrelazado con plumas blancas, de tal suerte que desde lejos parecia una peluca. Los guaicuras, al menos los del Conchó, llamados después lauretanos, ceñian su cintura con un bello cinto y su cabeza con una red curiosa á manera de venda, y algunos añaden á esto un collar de figuritas de nácar y de ciertas bayas ensartadas, y manillas y brazaletes de la misma materia. Los pericúes usaron tambien por algun tiempo vendas formadas de ciertos caracolillos blancos y redondos que á primera vista parecian perlas. Las mujeres de esta nacion usaban el cabello largo, suelto y extendido sobre la espalda, y llevaban pendientes del cuello á la cintura muchos hilos de perlas, caracolillos, figuritas de nácar, bayas y canutitos dispuestos vistosamente. Los cochimíes no usaban el cabello largo, sino solo algunas guedejas cortas, ni tampoco se adornaban con perlas, sino con una especie de corona compuesta de muchos pedacillos de nácar pequeños, iguales y ensartados en una cuerda.

El menaje de los californios era tan miserable que todo el de una familia podia ser fácilmente cargado por un muchacho. Consistia en una batea, una escudilla, un palito para encender lumbre, segun el uso de los restantes americanos y de los antiguos pastores de Europa, un hueso agudo que servia de alesna, y dos redes, una en que las mujeres llevaban á cuestas á sus hijos, como después diremos, y la otra en que los hombres recogian en los bosques el mezcali, las pitahayas y otras frutas.

La batea es redonda, algo profunda y varia en su tamaño, aunque por lo comun tiene pié y medio de diámetro. Está hecha con las varas de cierta planta flexible como el mimbre, aplanadas, cortadas á lo largo, unidas un forma espiral comenzando por el centro y atadas fuertemente entre sí con tiras de la misma materia, con lo cual quedan tan estrechamente unidas que contienen agua sin dejar salir una gota. Los pericúes hacen sus bateas ovaladas y compuestas de duelas semejantes á las de los barriles, formadas de la corteza de cierta palma pequeña, de cuatro á cinco dedos de anchas y de unas diez y ocho pulgadas de largo, y atadas entre sí con varitas flexibles como las de los cochimíes. Estas bateas les sirven principalmente á las mujeres para limpiar, y tambien para tostar en ellas las semillas de que se alimentan, para lo cual echan brasas entre las semillas y lo mueven todo junto agitando incesantemente la batea. Los indios que habitan en las márgenes del rio Colorado hacen estas bandejas como las de los cochimíes, pero mucho mas grandes, y se sirven de ellas para trasportar sus cosas de una á otra parte del rio, nadando y empujando con la mano las bandejas, las cuales en aquel país tienen el nombre de *corita*.

La escudilla de los californios, llamada por los cochimíes *addá*, es de la misma materia que las bateas y tan firme y densa como ellas, aunque mas pequeña y semejante en su forma á la copa de un sombrero. Les sirve de plato para comer, de vaso para beber, y á las mujeres de sombrero, y por eso cuando vieron los sombreros de los españoles, les dieron el nombre de *addá*.

§ XXI.

OFICIOS.

Las redes de los californios, tanto las de pesca como las de trasporte, son de hilo sacado de las pencas del mezcali. Las mujeres son las que fabrican estas redes, recomponen las bateas hechas por los hombres y ayudan á estos á recoger las frutas y semillas de que se alimentan, y preparan la comida. Los oficios propios de los hombres son la caza, la pesca y la guerra.

Para la caza usan principalmente del arco y la flecha. El arco es sencillo, de madera elástica endurecida al fuego, mas grueso en el medio que en las extremidades y armado con una cuerda de nervios de ciervo retorcidos, la cual tiene de cuatro á cinco piés de larga, segun el tamaño

del arco. Las flechas son de unos dos piés y medio de longitud y están formadas de dos piezas unidas con la pez del árbol de que hemos hecho mencion en otra parte y ligadas con los nervios delgados del ciervo. La pieza de la punta, que hace la tercera parte de la flecha, es una varilla dura y un poco aguzada, y la otra es una caña con tres plumas de gavilan junto á la muesca. Estas son las flechas de que usan ordinariamente para la caza de los pájaros y cuadrúpedos pequeños; pero para los ciervos, leones y otros animales semejantes, así como para la guerra, arman la punta de pedernal á fin de que las heridas sean mas grandes y las flechas no se desprendan fácilmente del cuerpo.

Para cazar los ciervos usan de un estratagema curiosa. Toma un indio una cabeza de ciervo conservada con este fin, y poniéndosela sobre la suya, se esconde tras de los matorrales, de modo que no se les vea mas que la cabeza postiza, la cual mueve de manera que parezca viva. Los ciervos engañados al verla se acercan, y son fácilmente matados por otros cazadores que los acechan. Para cazar liebres, á mas de los lazos y redes de que usan ordinariamente, se valen los cochimíes de un modo mas sencillo y mas fácil, sin otro instrumento que un palillo curvo de casi pié y medio de longitud. Cuando caminando ven una liebre le arrojan con tal destreza aquel palillo arrastrado sobre el suelo, que va derechamente á romperle las piernas; y de este modo suelen coger muchas sin interrumpir un momento su camino. Es verdaderamente admirable la perspicacia de los californios en reconocer las huellas de los cuadrúpedos para seguirlos y en distinguir á los hombres por las suyas. Si el hombre que ha pasado por el camino es de su tribu é iba descalzo, en la huella conocen infaliblemente quién era. Con la misma facilidad distinguen las flechas de los individuos de su tribu, las cuales por mas semejantes entre sí que parecen á los españoles, son conocidas por los indios en algunas señales casi imperceptibles, y por ellas vienen en conocimiento del dueño de cada una, así como nosotros venimos en conocimiento del escribiente por la forma de letra.

La pesca se hace de dos maneras, ó con redes en los remansos de la marea, ó con horquillas en alta mar. Para pescar de este segundo modo, no usan de otra embarcacion que de una simple balsa compuesta de tres, cinco ó siete leños clavados con estacas y bien atados, de los cuales el de en medio, que sobresale mas por ser mas largo, sirve de proa. La madera de que se hacen estas balsas por ser mas ligera, es la del corcho de que hemos hablado. En cada una de ellas se colocan segun su tamaño dos ó tres hombres y se alejan cuatro ó cinco millas de la costa, sin temor á las elevadas olas del mar Pacífico, las cuales parece que á veces los suben hasta las nubes y á veces los sepultan en el fondo del mar. La pesca mas abundante se hace en el puerto de la Magdalena.

A mas del arco y la flecha usan para la guerra dardos ó lanzas pequeñas, las cuales son bastones aguzados y endurecidos al fuego. Entre los indios que habitan desde los 31° hácia el N. se hallan armas de otra clase para herir de cerca, pero todas de madera. La primera es un mazo formado de una pieza con su mango, semejante en la forma á una veleta; la segunda es á manera de hacha de leñador, tambien de una pieza con el mango, y la tercera tiene la figura de una pequeña cimitarra: en esto se ve que los hombres suelen ser mas ingeniosos para solicitar el mal ajeno que para procurarse sus propias comodidades.

Cuando los californios eran aun gentiles tenian frecuentes guerras, ya entre dos naciones diversas, ya entre dos ó mas tribus de una misma nacion. El motivo solia ser alguna injuria hecha á un particular, ó algun perjuicio causado á una tribu por haber ido otra á pescar, cazar ó recoger fruta en los lugares frecuentados por la primera. Antes de llegar á las manos se dirigian recíprocamente grandes amenazas para amedrentarse. Su modo de combatir era, poco mas ó menos, el mismo que se usa comunmente entre las otras naciones salvajes del mundo, esto es, con aullidos espantosos, con mas furia que valor, y sin órden alguno, á excepcion del que observaban en ponerse sucesivamente á la frente del ejército, cuando á la vanguardia la fatigaba el cansancio ó le faltaban flechas. Al cristianismo deben, entre otros beneficios, el de la paz, y el de la caridad que los ha unido en Jesucristo, haciendo desaparecer del todo sus antiguas discordias.

§ XXII.

FIESTAS Y PREEMINENCIAS.

En tiempo de paz, á mas de ejercitarse en la caza y en la pesca se divertian en bailes, en luchas y en carreras. Hablando de sus bailes, se explica del modo siguiente el padre Salvatierra, célebre fundador de aquellas misiones: "Habiamos " pasado la fiesta de la Natividad del Señor con " mucho consuelo y devocion, tanto por nuestra " parte como por la de los indios, entre los cua- " les intervinieron algunos centenares de catecú- " menos. Los niños cristianos hicieron sus bai- " les, de que tienen mas de treinta clases, todos " figurados, representando la caza, la guerra, la " pesca, sus viajes, sus sepulturas y otras cosas " semejantes. Causaba mucho gusto el ver á un " niñito de tres ó cuatro años que se gloriaba " de hacer su deber en el baile." Hacian estos bailes para celebrar sus matrimonios, el nacimiento de sus hijos, su buen éxito en la caza, en la pesca y en la cosecha de las frutas, ó la victoria alcanzada contra sus enemigos. Estas diversiones no eran ni muy frecuentes ni muy solemnes sino en la alegre estacion de las pitahayas, la cual, como dice el citado misionero, era su carnaval, pues en ella salian fuera de sí de contento. Solian convidar á otras tribus para estas fiestas y desafiarlas á la lucha y á la carrera.

Una de las fiestas mas célebres de los californios era la distribucion de las pieles de ciervo que anualmente hacian los cochimíes. En el dia prefijado se reunian varias tribus confinantes en un lugar determinado, llevando cada uno las pieles de todos los ciervos que habian matado en aquel año. Hacian allí un gran emparrado circular, abrian una calle que terminaba en él, y la entapizaban con todas aquellas pieles. Dentro de la cabaña se les daba á los principales cazadores la caza y fruta que se tenian preparadas, y después de haber comido, fumaban, segun costumbre, tabaco silvestre en cañas. Un *guama*, esto es, uno de sus charlatanes, sentándose en la entrada del emparrado, publicaba con gritos espantosos las alabanzas de los cazadores, y entre tanto los indios corrian por la calle entapizada, y las indias cantaban y bailaban en ella del uno al otro lado. Luego que el *guama* cansado cesaba de gritar, cesaba tambien la carrera. Entonces los principales, saliendo del emparrado, distribuian las pieles entre las mujeres con gran júbilo de todos, y señaladamente de las mismas mujeres, las cuales, no teniendo otra cosa con que cubrir sus espaldas, apreciaban aquellas pieles como un don venido del cielo.

Al oir decir *los principales*, no debe pensarse que entre los californios hubiese alguna superioridad de gobierno ó alguna preeminencia de nobleza. Ni las naciones ni las tribus estaban sujetas á ningun jefe ó superior, ni distinguian aquellos diferentes grados que resultan del nacimiento, de los empleos ó de las riquezas. La uniformidad de la lengua era la única que unia las diversas tribus de cada nacion, y la razon de consanguinidad y de afinidad era la que hacia vivir juntas á las diferentes familias de cada tribu. Entre los californios eran principales aquellos que por su valor ó por su habilidad se daban á temer y á respetar. Estos hacian de generales en la guerra ó de conductores en la pesca y en la caza, y á ellos les dejaban los otros el cuidado de señalar dia y lugar para tales expediciones. Por lo demás no reconocian otra superioridad sino la que por naturaleza tiene cada padre en su respectiva familia.

La autoridad de los maridos era ilimitada, especialmente entre los pericúes, que usaban la poligamia. Tenian cuantas mujeres querian, y tanto mas cuanto que la multitud de ellas, lejos de serles dispendiosa, les era útil, porque sobre las pobres mujeres pesaba la obligacion de buscar la fruta y semillas comestibles para sus maridos, de preparar los alimentos, y de todos los otros oficios domésticos, mientras aquellos se divertian en bailes ó en otros ejercicios de su gusto. La fortuna de las mujeres dependia del capricho de los maridos, los cuales las repudiaban cuando les parecia, y la que una vez era repudiada, no hallaba fácilmente quien quisiese tomarla por mujer. Así pues, por el temor de verse sujetas á esta desgracia, eran muy solícitas en complacer á sus maridos, y siempre estaban en competencia, procurando llevarles la fruta mas sabrosa y en mayor cantidad. Increible parece que en un país en donde en aquel tiempo el número de mujeres excedia mucho al de los hombres, se haya disminuido de tal suerte, que hoy se ven muchos obligados á permanecer célibes ó á ir á buscar mujer á otra parte, como después diremos. Les pericúes, tanto en este como en otros puntos, fueron los mas desmoralizados, y aun hoy son los menos dóciles y pacíficos.

Entre las otras naciones de aquella península era rara la poligamia, y casi todos se contentaban con una sola mujer. Sus costumbres eran mas honestas, lo que en gran parte dependia de lo penoso de su vida.

§ XXIII.

MATRIMONIOS.

El modo de celebrar los matrimonios no era en todas partes el mismo. Entre los guaicuras el que pretendia casarse enviaba á la jóven una batea de aquellas que se usaban para limpiar y tostar las semillas comestibles; si ella aceptaba, correspondia el obsequio con una red, y en la mutua remision y aceptacion de estos dones consistia el contrato matrimonial. Entre las otras naciones se hacia el convenio después de un gran baile, al que era convidada toda la tribu del que queria casarse. La viuda entre los californios se casaba segun el uso de los hebreos con el hermano ó con el pariente mas próximo del difunto marido. El adulterio cometido sin consentimiento del marido se tenia por grave delito y por una injuria que jamás se dejaba sin venganza, y solia ocasionar guerras sangrientas; pero si los interesados se desafiaban á la lucha ó á la carrera, la mujer del vencido solia ser el premio del vencedor.

El amor que profesaban á sus hijos no era tan tierno que á veces no hiciesen perecer á aquellos á quienes no podian alimentar.[1] Pero luego que los misioneros supieron el motivo de semejante inhumanidad, dispusieron que en la distribucion del sustento diario que se hacia entre los neófitos y catecúmenos, se diese racion doble á las mujeres que la necesitaban por tener hijos. Tambien

1 Era todavía mas bárbara la inhumanidad que se usaba en Polonia en el siglo XIII. Alberto el Grande fué mandado de nuncio á aquel reino para abolir la bárbara costumbre de matar á los niños que nacian imperfectos y á los viejos inválidos. *Fleuri*, Hist. Eccl. lib. 84, año de 1260.